

que ayudaba á la ruina de Roma por la amplitud universal de su ideal, apresuraba igualmente la descomposición de la sociedad romana por la importancia exclusiva que daba al individuo. Cada hombre, entregado jadeante á la mano vengadora de Dios, no tenía de común con los otros hombre más que la solidaridad del pecado en la falta original, amenazado con las penas terribles del infierno, sólo tenía esperanza en las maceraciones y en la plegaria. Cada uno debía tomar su propia salvación por objetivo esencial, trabajar á cada instante del día en librar su alma. Pero hasta el último momento podía temer no lograrlo, porque «si muchos son los llamados, pocos son los escogidos». De tal modo es personal la obra de la salvación, que para agradar á Dios, hasta conviene «odiar» los más próximos parientes: «Si alguno viene á mí y no odia á su padre y á su madre, no puede ser mi discípulo»<sup>1</sup>. Si, no obstante, la religión manda al hombre ayudar á su prójimo, es en Dios y por el amor superior de Dios. Entre dos personas, hasta entre los esposos, la divinidad omnipresente, permanece siempre entera<sup>2</sup>.

Al final del Imperio, el dogma cristiano había llegado á tomar su forma definitiva bajo la influencia del verdadero continuador del apóstol Pablo, San Agustín, el teólogo que, durante más de mil años, había de inspirar á los ortodoxos católicos, luego á los reformadores protestantes. Al menos en la Iglesia de Occidente, la doctrina de aquel obispo imperioso se confundió con el mismo dogma: mientras que la enseñanza helénica familiarizaba el pensamiento del hombre con la virtud, la religión cristiana le puso frente á frente con la conciencia humillante del pecado original<sup>3</sup>. El hombre aprendió á no contar ya consigo mismo, á esperar todo de la Gracia, es decir, de la voluntad caprichosa del amo desconocido y todopoderoso que reside más allá de las nubes. Y, por una chocante coincidencia, la época precisa en que Agustín proclamó la caducidad absoluta del hombre, significándole por decirlo así su sentencia de muerte, fué también el período de la historia en que los bárbaros se encargaron de ejecutar esta sentencia, arruinando á fondo su país, des-

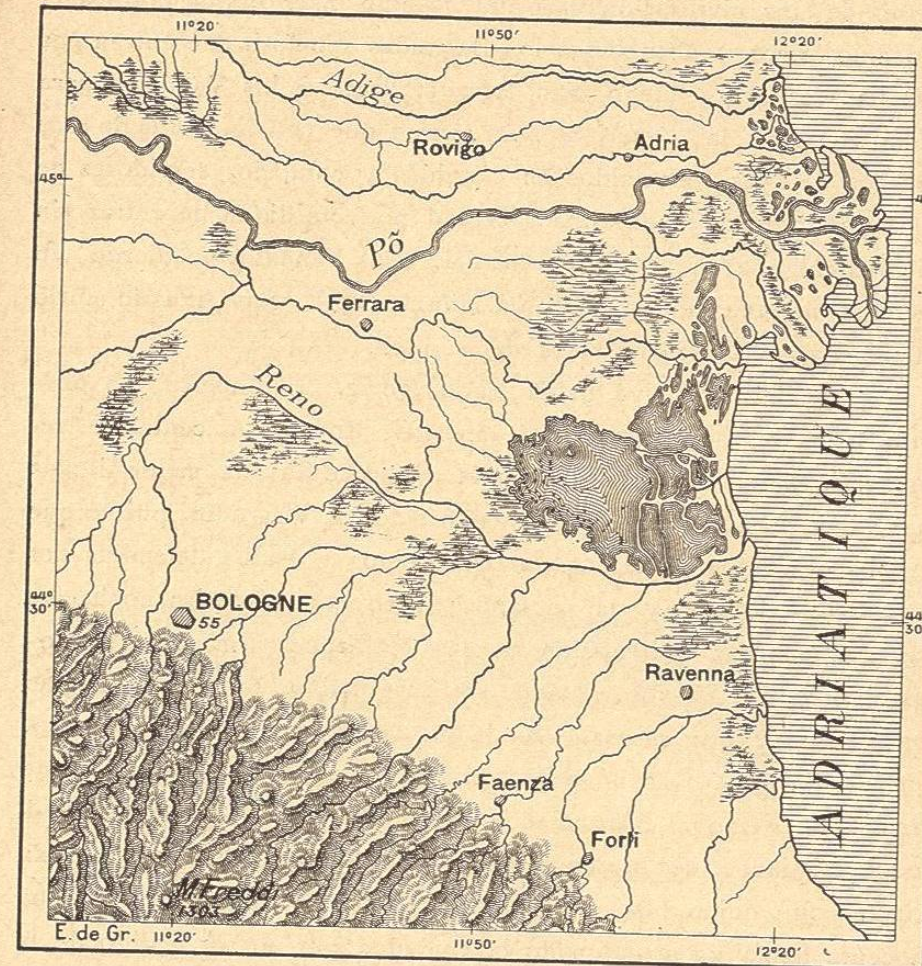
<sup>1</sup> Mateo, xxii, 14.

<sup>2</sup> Michel Bakounine, *Le Principe de l'Etat*, «*Société Nouvelle*», Noviembre 1898.

<sup>3</sup> Hartpole Lecky, *Rationalism in Europe*.

truyendo la civilización local y poniendo el Africa para siglos fuera de la historia<sup>1</sup>.

N.º 262. Rávena y sus inmediaciones.



1: 1 000 000

0 10 30 60 Kil.

El trazado de las aguas es el que dan los mapas del fin del siglo xix. Por la época en que Rávena se hizo capital del imperio, el delta del Po y la línea de las costas avanzaban menos en el mar y la zona pantanosa era más extensa que en nuestros días. El curso inferior del Reno es un antiguo brazo del Po.

Los condenados van siempre delante de su destino. Los Romanos de la decadencia se preocupan de los bárbaros y con fre-

<sup>1</sup> Victor Arnould, *Histoire Sociale de l'Eglise*, «*Société Nouvelle*», Octubre 1895, p. 417.

cuencia tratan de imitarlos en sus modas. Los cristianos sobre todo, satisfechos de ver en ellos convertidos á su fe, los presentan como ejemplo á los Griegos y á los Romanos como si fueran portadores de una civilización más alta. Como Salvio, que predica el odio á los ricos y absuelve á los Bagaudas rebeldes que entran por la Galia á sangre y fuego, San Agustín llama á los Vándalos para fundar con ellos la *Ciudad de Dios*: creía que con la ayuda de esos bárbaros de ayer convertidos en cándidos y confiados servidores de la Iglesia, lograría fundar una sociedad perfecta digna de entrar sin dificultad alguna en la gloria celestial. Los Vándalos acudieron, en efecto, á su invitación y sitiaron á Hipona (430). San Agustín murió antes de asistir á los horrores del saqueo.

En aquella época ya había caído Roma. El Imperio, no obstante, había luchado con mucha valentía. En 403, el centro de resistencia se había desplazado hacia la ciudad de Rávena, mejor situada que Roma para rechazar las invasiones de los Visigodos, puesto que se hallaba más cerca de los pasajes alpinos y estaba defendida por una cintura de ríos y de pantanos; pero esas victorias no hacían más que retardar la irrupción de las multitudes armadas. Visigodos, Vándalos, Suevos, Alanos y Burgondios, todos se dirigían contra Roma, que permanecía siendo la capital á pesar de todo. Por último, en 410 acabó por realizarse el atentado esperado desde hacía tanto tiempo. Alarico, cristiano y jefe de un ejército de Visigodos cristianos, se presentó delante de Roma, y una noble dama cristiana fué quien hizo abrir una puerta á los asesinos. El Papa Inocente había ya abandonado la ciudad «para no ser testigo de la ruina de un pueblo pecador, lo mismo que el justo Loth había salido de Sodoma para escapar al incendio que preparaba la Providencia». Después de su obra de devastación, Alarico encontró entre los cristianos el panegírico á que tenía derecho. Pablo Orosio, discípulo de San Agustín, glorifica en estos términos al devastador: «Alarico ha sido el enviado de Dios... Ha sido el más dulce de los defensores, puesto que era cristiano: ha respetado las iglesias, no tocando á los Romanos que en ellas se habían refugiado, no ha matado más que fuera de las basílicas, y solamente idólatras: era su destino».

Algunos años antes de la toma de Roma, el mismo Alarico se

presentó delante de Atenas, pero resistió á la presión de los «hombres impíos vestidos de negro», — es decir, de los frailes, — que le exhortaban furiosamente á destruir esa «última morada de los demonios». Quizá no se atrevió á atentar al esplendor del Partenón; menos tímido ante Eleusis, cedió á las excitaciones de esos mismos hombres negros que le acompañaban á todas partes y les dejó aplicar la tea á uno de los templos más bellos que haya levantado el hombre. Se canonizó á esos Erostratos cristianos<sup>1</sup>, pero á despecho del triunfo que celebraba la fe vengadora, satisfecha de ver cumplirse sus profecías, la sacudida moral producida por la caída de Roma resonó en el mundo civilizado como un derrumbamiento de todas las cosas. Uno de aquellos que maldecían la «Babilonia» romana con más vehemencia, San Jerónimo, exclamó desde el fondo de su convento de Belem, en los confines del desierto: «La antorcha del mundo se ha extinguido, y, en una sola ciudad que cae, perece todo el género humano».

<sup>1</sup> Jules Baissac, *Société Nouvelle*, Agosto 1896, ps. 165 y sig.

